



Generación OVD

Después de charlar con él, uno descubre que una de las pocas concesiones que se da Pablo Amargo es una herencia de sus jornadas de dibujo nocturno cuando era estudiante de Bellas Artes en Salamanca. Dibu-

ja con luz eléctrica. Por lo demás, su trabajo tiene que ver más con el de un monje de la Ilustración, un asceta del trazo que no quiere contaminar su oficio y prefiere el rigor al alimento en caso de conflicto. Premio

Nacional de Ilustración, su historia continúa la serie con la que LA NUEVA ESPAÑA presenta la generación OVD, los nacidos aquí entre 1970 y 1990 y convertidos en profesionales globales, hijos del siglo XXI.

Pablo Amargo, el trazo asceta

El ilustrador, que acaba de lograr el premio «Junceda» en Barcelona por su último libro, «Casualidad», supo siempre cuál sería su oficio y a él se dedica de forma radical

Chus NEIRA

Pablo Amargo no tiene móvil. Ni coche. Ni hipoteca. Ni acepta encargos con menos de cinco días. Ni le gusta trabajar siempre con la misma gente. Ni tolera que le hablen de su estilo porque a él le gustaría que el gesto fuera invisible y que el esfuerzo no lo heredara el lector. Ni tampoco acepta que la ilustración ilumine el texto sino, al revés, que lo cuestione, que cree paradojas. «He prescindido de muchas cosas y tengo la sensación de no haber perdido nada», concluye ante una taza de té. Pablo Amargo (Oviedo, 1971) lleva quince años trabajando como ilustrador con un código estricto que le ha permitido reducir los encargos en un ochenta por ciento y no dibujar nunca nada que no hubiera querido dibujar. «He corrido ciertos riesgos, pero sin implicar a nadie más, mis trabajos no son muchos, pero son coherentes y puedo decir que no he dejado de atender mi voz».

La historia profesional de este ilustrador ovetense empieza el 4 de marzo de 1996. La vispera, Aznar había ganado sus primeras elecciones, y al día siguiente Pablo Amargo entregaba a la editorial Anaya su primer trabajo, un cuaderno de música en el que había tratado de hacer algo bastante experimental para tratarse de un libro de texto, muchos blancos y composiciones muy extremas. Gustó y pudo trabajar mucho y bien en el sector de los libros de texto, también con SM. Para un recién salido de la Facultad de Bellas Artes de Salamanca estaba muy bien. Pero Pablo Amargo rompe otra vez y baraja y entre los años 1998 y 1999 se olvida de los libros de texto y se recluye voluntariamente en su Oviedo natal, lejos de los centros de actividad de la Ilustración nacional (Madrid o Barcelona) y en una era predigital en la que los envíos todavía se realizaban en átomos, no en bits, y pagaban en Secur. Con perspectiva, parece que Pablo Amargo se hubiera sumado a un plan escrito para el futuro de su existencia, de forma que lo que pareciera decisiones arriesgadas, eran, en realidad, intuiciones precisas para seguir en el oficio. De hecho, cuenta, y no es la primera persona a la que le pasa, que la primera vez que tuvo un cómic entre las manos, tuvo una sensación de «reconocimiento», supo que «no era la primera vez que veía aquello». Luego, desarrolló una capacidad inusitada para los libros, viendo sólo las imágenes, prescindiendo del texto y profundizando en la familiaridad que sentía ante la narrativa visual,



Pablo Amargo, en su estudio; sobre la mesa, un libro abierto, «Casualidad». / NACHO ORLANS

La ficha

Pablo Amargo

Oviedo, 1971. Nació en Buenavista, ve al Baudilio Arce y el Aramo y aunque supo desde muy pronto que sería ilustrador, retrató el momento de empezar a dibujar. No lo hizo, casi, hasta la adolescencia, cuando ya era casi un experto en ilustradores ingleses del XIX que rechazaba los cómics de superhéroes. Bellas Artes en Salamanca completó el camino que ya sabía que recorrería. Dedicado a su oficio con un rigor brutal, se impone muchas barreras para mantener puro el dibujo —sí, puedo parecer incluso antipático con los clientes—, admite—y le gustan las apuestas fuertes. Fruto de esa dedicación monacal salió «No todas las vacas son iguales», en 1999, y toda la retila de premios que siguieron. Ahora, con «Casualidad», su último libro, junto a Pepe Montserrat, también le llueven reconocimientos. El último, esta semana, es el «Junceda» a la categoría de mejor obra realizada en la Península, que concede el gremio de Ilustradores catalanes. Es Premio Nacional de Ilustración del año 2004.

que salía de los tebeos comprados por los padres y los abuelos, de las visitas a La Palma y de todo lo que sacaba de la Biblioteca Municipal, donde el Arqueológico.

Nacido frente al viejo Tertiere, segundo de dos hermanos, primera promoción completa del Colegio Baudilio Arce, Pablo Amargo fue niño de barrio y adolescente consecuente con su momento vital, que, a pesar de tener la certeza de que se iba a dedicar a dibujar, evitó que llegara ese momento. «Como si supiera que todavía no estaba preparado, buscaba pretextos para no dibujar en clase». Hasta que con 14 años decidió presentarse a un concurso. No entregó el trabajo, pero le valió para comprobar que tenía que mejorar. Los años siguientes se los pasó dibujando, y todos los manuales que había en la biblioteca pública pasaron por sus manos.

Pablo Amargo se alimentó principalmente de tebeo europeo, y, por raro que parezca, nunca de superhéroes. «Siempre me han desagradado mucho; me parece muy mal dibujo, muy arquetípico, muy encorsetado. Y no los entiendo».

En su lugar, cayó en sus manos un número del Wendigo en el que se hacía una comparación entre el cine de Griffith y Little Nemo. Le dejó apabullado. Little Nemo. Eso sí que fue una revelación. «Me pa-

reció excelente, en dibujo, en elegancia, en composición, en historias». De esa manera un tanto extraña, Amargo llegó también a los ilustradores ingleses del XIX, a Bardsley o Trollet, autores que le valieron el aplauso de su profesor Miguel Pacheco cuando en el primer día de clase de ilustración, ya en Bellas Artes, pidió que alguien nombrara a algún ilustrador y sólo Amargo supo empezar a recitar nombres.

Eso fue algo más tarde, porque en la época, a pesar del adolescente «auténtico» que fue, era raro que aquel chaval se interesara por la estética oscura, los cuentos de Poe, Alicia, los paisajes ingleses. Sea como fuere, el plano ya estaba establecido, y no tanto una estrategia como la seguridad de la meta, el camino en la cabeza como única dirección.

Acabado el instituto, fueron los padres los que vieron que lo mejor era Salamanca. Un verano preparando el examen de ingreso en la academia Compasso, cerca del Fontán, le bastó para sacar una prueba que imponía mil cien candidatos para ciento cincuenta plazas.

A pesar de su rechazo permanente a la pintura, incluso a los colores, en la carrera estuvo obligado, aunque no fue hasta los últimos cursos, especialidad de diseño gráfico,

cuando en los boletines empezaron a salir todo sobresalientes. Antes, confiesa, de quien más aprendió fue de los compañeros que mantenían la vía negociacionista más dura. Como aquel con el que también compartió piso y empleó todo el curso para preparar la justificación teórica por la que se negaba a presentar el trabajo de grabado y plantaba, en su lugar, una obra con fotocopias.

Lo que siguió después está contado. Lo que falta es que en el año 1999, lleno de dudas creativas, se lo juegan todo a una carta y realiza un álbum ilustrado con Antonio Ventura. «No todas las vacas son iguales», con el que gana el premio «Lazarillo» de Ilustración. También le seleccionan y dan galardones en Francia o Venezuela, y esas medallas le valen para conseguir trabajo en la prensa nacional, en Madrid o Barcelona. Los libros siguen y también los reconocimientos. El más importante, el Premio Nacional de Ilustración en el año 2004. Ahora, con el escritor Pepe Montserrat, acaba de publicar «Casualidad» y parece que la raticha se repite. Lleva el CJ Picture Book Award en Corea, una selección para una editorial en Portugal, el oro en los European Design Awards y esta semana viajó a Barcelona a recoger el «Junceda», que otorga el Colegio catalán de Ilustradores. Aptauso.